

# CACE 2005

## 10º Concurso de Relatos

### La Discapacidad y las Barreras.

#### **Segundo premio: "LOS SUPERDOTADOS"**

-¡No me lo puedo creer!- grité con todas mis fuerzas. Estaba allí, plantado como un idiota, esperando la carta de expulsión que iba a mandarme mi "queridísimo amigo" el director don Severiano. Es el peor director que ha tenido mi ex-escuela. Siempre está gritando y su frase favorita es "castigado a limpiar el retrete durante el recreo con tu cepillo de dientes". Pero, ¿qué os estoy contando? Seguramente no me creeréis. Diréis algo como: está loco de atar, está como una cabra. Ni siquiera nos ha dicho cómo se llama y ya nos está contando cuentos. Por cierto, ¿no os he dicho quién soy? ¡Qué memoria la mía! Yo me llamo Andrés Cuentacuentos. Ya lo sé, un apellido muy gracioso, pero es mejor que Andrés López Jarén. Y diréis, ¿se apellida Cuentacuentos o López Jarén?. En realidad es el segundo, pero, como no me gusta y cuento muchos cuentos, me empezaron a llamar Andrés Cuentacuentos. Además, soy un superdotado. Un superdotado de verdad. No uno de esos que dicen  $2+2=4$  y los envían a la escuela. No. Yo soy uno que con 3 años sabía hacer raíces cuadradas, calcular operaciones difícilísimas, leer y escribir. Vamos, de los buenos. Mis padres, al enterarse de la noticia, se pusieron tan felices que anduvieron toda la noche de juerga hasta que un vecino llamó a la policía. Pero, bueno, tengo un problema. Soy ciego. Ciego de los que no ven tres en un burro, ¡ni el burro!. Además, como dije antes, estaba como un idiota esperando la carta de mi expulsión. A don Severiano no le gustan los ciegos. Según él, los ciegos y los superdotados viven en dos planetas distintos. Sin embargo, yo iba a demostrarle que vivimos en un único planeta donde nos necesitamos los unos a los otros.

Por fin llegó la carta. Lucía, la cartera, era una chica muy amable y

divertida.

- ¡Hola Lucía! ¿Hay una carta para mí? -pregunté.
- No, pero sí para tus padres -me dijo ella con una voz muy dulce.
- Gracias.

Cogí la carta y entré en casa.

- ¡Papá! ¡Mamá! - grité - llegó la carta.

Entraron mis padres, parecían muy tristes.

- ¿La podéis leer en alto? Así yo me entero -pedí.
- Vale, cariño -dijo mi madre entre sollozos, y comenzó a leer:

*Estimados señores López:*

*Una vez estudiada su solicitud, hemos de comunicarles que no podemos admitir a su hijo porque este centro no está preparado para aceptar a personas con sus características físicas*

*Atentamente,  
Don Severiano.*

*Director de la Escuela Mayor de Superdotados*

Al finalizar, rompí a llorar en los brazos de mi padre.

- ¿Quiere guerra? Pues la tendrá - dije, y me fui derecho a la escuela.

Al llegar allí, le dije a la secretaria:

- Quiero hablar con el director.
- Muy bien, muy bien.
- Al cabo de un rato oí:
- Andrés, ¿qué haces aquí? - gruñó el director.

- Se cree muy listo al enviarme a casa ¿no? -le dije haciendo caso omiso de la pregunta. -Cree que aquí no puede haber un discapacitado. Yo no lo creo así. Creo que, si el mundo estuviera capacitado para nosotros, jugaríamos en igualdad de condiciones. Pero no, no está capacitado. La gente normal cree que ser discapacitado es un grave problema. Pues no es que me guste ser ciego, pero tiene sus ventajas.

¿Se lo demuestro? Elija al mejor de sus alumnos y que luche contra mí en un circuito. Constará de las siguientes pruebas:

1. Ha de saber orientarse en la oscuridad
2. Ha de saber leer braille.
3. Ha de saber reconocer objetos y olores sin ver.

¿Trato hecho?

¿Bromeas? Vale, trato hecho - me dijo el director en tono burlón.

Ya eran las cinco. Estaba con las tres pruebas planeadas y con la cursi de Rosalía a mi lado. Hicimos las pruebas. Rosalía era penosa: tropezó y cayó en cuanto apagaron las luces. No supo leer ni una sola palabra de braille y metió una plantilla de un zapato dentro de un bocadillo, pensando que era una loncha de queso. Así que gané yo.

- Vaya, has demostrado saber hacer cosas interesantes - me dijo.

Mi padre cantaba, mi madre bailaba, y yo volvía a la escuela, que la adaptaron para que las personas superdotadas que tenían otra discapacidad pudieran entrar. Y Rosalía... bueno. ¡Qué se va a decir! Creo que la gente ha aprendido la lección. Todo el mundo tiene barreras que superar. Unos más que otros, pero todos las tenemos. Lo importante es que aprendamos juntos a superarlas.

**Autora:** Alma Raquel Menéndez Fernández.

**Colegio:** Colegio Salesiano - Santo Ángel - Avilés

**Curso:** 6º B